

## Crónicas de motel

Sam Shepard

**E**ncontré un pájaro acuático muerto en medio de un aparcamiento. No había coches. El pájaro estaba entero. Desmayado y sin huellas de sangre. Me lo llevé a casa y lo metí en la nevera. Al día siguiente mi papá y yo lo llevamos por las casas de la vecindad y preguntamos a la gente si había visto alguna vez algún pájaro como ese. Nadie lo recordaba. Se lo llevamos al taxidermista y tampoco él supo decirnos qué clase de pájaro era, aunque todos estábamos de acuerdo en que tenía que ser un pájaro acuático, porque tenía los pies palmeados. Según el taxidermista, el pájaro debía estar volando por encima del aparcamiento, y confundió los reflejos del pavimento con un lago. Suponía que el pájaro se estrelló con el asfalto y se rompió el cuello. A mí me pareció tan desafortunada esta teoría del taxidermista que durante varios días no dejé de pensar en ella. Me ponía en el lugar del pájaro, volando por encima del aparcamiento, haciendo una travesía en busca de un lago. ¿Por qué un pájaro así se encontraba, para empezar, lejos de los lugares en donde hay lagos? ¿Cómo era posible que un pájaro se perdiese?



Yo solía llevarle cubitos a Nina Simone. Ella me trataba siempre de forma encantadora. Me llamaba “guapo”. Le llevaba toda una enorme bandeja de plástico gris llena de hielo para enfriar su Scotch.

Ella se arrancaba una peluca rubia y la arrojaba al suelo. Debajo, su verdadero pelo, era corto. Como una oveja negra recién trasquilada. Se quitaba las pestañas y las pegaba al espejo. Sus párpados eran gruesos y los llevaba pintados de azul. Siempre me hacía pensar en una de aquellas Reinas Egipcias que salían en el National Geographic. Tenía la piel brillante de tan húmeda. Se enroscaba una toalla azul al cuello y luego se inclinaba hacia adelante y apoyaba los codos en las rodillas. El sudor le rodaba por la cara hasta caer y salpicar, el suelo rojo de cemento, hasta sus pies. Solía terminar su actuación con Jenny Pirata la canción de Bertold Brecht. Siempre cantaba esta canción con una grave voz, penetrante y vengativa. Como si ella misma hubiese escrito la letra. Su actuación apuntaba directamente a la garganta de su público de blancos. Luego apuntaba al corazón. Luego apuntaba a la cabeza. En aquellos tiempos estos disparos eran un balazo mortal.

La canción de su repertorio que me dejaba



verdaderamente paralizado era : You'd be so nice to come home to. Siempre me dejaba helado. A veces la oía mientras estaba en la sala, recogiendo vasos de Whiskey Sour, y ella iniciaba aquel solemne terremoto pianísimo, con su voz fantasmal serpenteando hasta elevarse por encima de los acordes que se amontonaban poco a poco. Mis ojos subían directamente al escenario y mis manos seguían trabajando.

Un día tiré una vela mientras ella estaba cantando esta canción. La cera ardiente se derramó en un traje de ejecutivo. El director me llamó a su oficina. El ejecutivo estaba también allí con sus pantalones manchados con un reguero de cera endurecida. Parecía que acabase de correrse. Esa noche me despidieron.

Afuera, en la calle, todavía me llegaba su voz desde el otro lado de la pared de cemento. “You 'd be Paradise to come home to”.

28/9/80

San Francisco, California

Fin

De *Crónicas de motel* (1985)

### EL AUTOR

**Sam Shepard**  
(Fort Sheridan, Illinois, 1942-Midway, Kentucky, 2017). Dramaturgo con una extensa producción, varias de sus obras han sido premiadas. Reconocido actor cinematográfico. Músico. Galardonado con el Pulitzer y el Obie, autor de más de cuarenta obras teatrales, por las que se le ha llamado el sucesor de Tennessee Williams.





# Miedo en la noche

Riana Scheepers

**L**a mujer se despierta, le suda el cuerpo desnudo debido al calor tropical. Se queda un rato escuchando los sonidos de la noche. Ya es muy tarde, pero en algún lugar, en la profundidad de la noche, puede oír el sordo retumbar de los tambores.

Conoce el sonido, de niña se quedaba a menudo echada en la cama escuchando y se dormía al melancólico son de África. Es un extraño sonido apaciguador, parte de la respiración de esta tierra.

Se levanta sin encender la luz y se mueve a trompicones por la conocida oscuridad de la casa hacia el baño. Las gruesas paredes permanecen frías y seguras bajo sus dedos mientras las va palpando en la oscuridad para no pasarse de largo la puerta del baño en el pasillo.

Al volver, se mete en la habitación de los niños, para arroparlos hasta los hombros con las mantas que durante la noche siempre se les caen. Enciende la luz pequeña de la estantería. Las ventanas están abiertas de par en par a la noche, las cortinas se abomban ligeramente sobre el ancho alféizar. La mujer percibe el olor sofocante de verano que entra por las ventanas. Estiércol, lilas y el olor del caramelo quemado, que produce la caña de azúcar tostada.

¿Ha abierto las ventanas esta noche?

El hijo mayor está tumbado sobre la cama con las piernas y los brazos abiertos y duerme con la boca entreabierta. Le tapa la parte inferior del cuerpo con la sábana fresca y se da cuenta de que un mosquito le ha picado los hombros desnudos a pesar de la crema que le había puesto por la noche.

La otra cama está vacía. El niño que estaba durmiendo allí ya no está, entre el revoltijo de mantas y sábanas. La mujer vuelve a su habitación porque sabe que el niño, que todavía busca en ocasiones sus pechos con la boca, podría haberse cobijado en su cama grande de cobre llena de confianza. Enciende la lamparita de noche, mira bajo las sábanas y las almohadas buscando a su pequeño.

No hay nada.

—Señor, mi hijo —grita la mujer.

Enciende la luz de la habitación. La luz eléctrica brilla nítida sobre los pocos muebles y la cama enredada. Enciende el pasillo y va a mirar si el niño está en el baño, en la cocina, en el sofá de la sala de estar frente al televisor.

Va encendiendo luces por donde va. Sale a la terraza.

—¡Señor!, solo tengo mis hijos.

Durante un momento se queda callada escuchando. El retumbar de los tambores ha cesado.

La histeria se le escapa por la garganta. Mientras corre, intenta pensar qué número debe marcar primero. ¿La policía? ¿Los vecinos? ¿El padre de los niños?

Cuando vuelve a la terraza lo escucha llorar. Medio dormido, quejumbroso y con miedo.

—¿Dónde estás —grita la mujer fuera de sí, por el miedo y la incredulidad.



—Mamaaaaaá —llora el niño impaciente— estoy aquí.

Está en el umbral de la puerta abierta y con los puños se protege los ojos de la luz intensa. Tiene el pijama corto empapado.

—¿Dónde estabas?

El niño llora medio dormido.

—Buscaba a mamá.

Lo levanta y lo abraza con fuerza. Nota el frío del pantalón contra su piel, su aliento huele a sueño. La mujer cierra la puerta de la entrada y apaga las luces una por una. El niño cuelga pesado de su hombro. Ya está casi dormido otra vez. En la habitación de los niños cierra las ventanas y corre las cortinas. El otro hijo está tal y como lo había dejado.

Se mete en la cama con el niño aún durmiendo entre los brazos, apaga la lamparita de noche y siente como le tiembla el cuerpo de forma incontrolable. Permanece así durante un rato largo sin pensar en nada. El niño

se ha quedado dormido. Tiene las piernitas acurrucadas contra el cuerpo de forma que ella nota las rodillas en su vientre.

Más tarde, mucho más tarde en la noche, le quita el pantalón del pijama y lo echa al suelo junto a la cama. Entonces comienza a palpar la tripita y el culito del niño, se asegura de que todo está bien allí.

Fin

De *Cuentos fríos y calientes* (2013)

**Riana Scheepers.** Sudáfrica, 1957. Recibió su doctorado de la Universidad de Ciudad del Cabo. Escribe libros para niños, ficción corta y poesía. Es autora de un libro de impactantes y sensibles relatos centrados en las mujeres zulúes actuales, *La cosa en el fuego*, de la editorial Icaria.



LA AUTORA